

EL CAPITÁN GENERAL DE LA ARMADA DON FRANCISCO JAVIER DE URIARTE Y BORJA EN EL CIENTO CINCUENTA ANIVERSARIO DE SU MUERTE

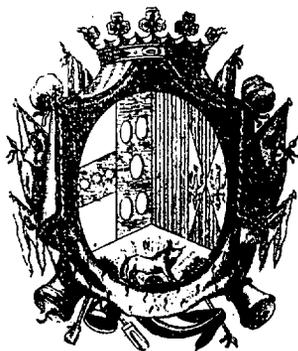
José CERVERA PERY
Director de la Revista de Historia Naval

Dentro del numeroso plantel de marinos distinguidos del último tercio del siglo XVIII y que tuvieron acusada proyección histórica hasta bien entrado el tumultuoso XIX se encuentra la interesante figura del capitán general de la Armada don Francisco Javier de Uriarte y Borja, cuyo ciento cincuenta aniversario de su muerte se cumple en este año de 1992, de tanta cargazón emocional en cuanto a conmemoración de centenarios se refiere. Permítaseme al amparo de ello evocar la memoria y trayectoria de este ilustre marino andaluz, nacido en la marinera ciudad del Puerto de Santa María, cuya dilatada hoja de servicios estuvo a la altura de los mejores capitanes de su época.

Uriarte se integra plenamente en esa nómina de esforzados que pospusieron la tranquilidad del hogar, el ansia de honores y la ambición del mando, para luchar siempre en el lugar del mayor peligro para la defensa de la patria, utilizando después en la paz todo medio que condujera al engrandecimiento de la misma. De esta característica esencial, de este rasgo trascendente, se nutre precisamente la hoja de servicios de Francisco Javier de Uriarte y Borja, nacido en el Puerto de Santa María el 5 de octubre de 1753 y fallecido en esa misma ciudad el 29 de noviembre de 1842, a los ochenta y nueve años de edad y sesenta y ocho y seis meses de servicios en la Armada, cifra más que elocuente para expresar una vida de permanente entrega.

Un suscito extracto de su hoja de servicios nos arrojaría los siguientes datos:

Guardiamarina el 31 de mayo de 1774 (Real Compañía de Cádiz).
Alférez de fragata el 3 de junio de 1775.
Alférez de navío el 23 de mayo de 1778.
Teniente de fragata el 16 de septiembre de 1781.
Teniente de navío el 21 de diciembre de 1782.
Capitán de fragata el 21 de septiembre de 1789.
Capitán de navío el 25 de enero de 1794.
Brigadier el 5 de octubre de 1802.
Jefe de escuadra el 9 de noviembre de 1805.
Teniente general el 14 de octubre de 1814.
Capitán general el 16 de enero de 1836.



EL EXCMO. SR. CAPITAN
GENERAL DE LA REAL AR-
MADA, Caballero de la Orden
de Santiago, Gran Cruz de la real
y distinguida Orden española de
Carlos III, y de la militar de San
Hermenegildo, DON

Fran.^{co} Xavier de Triarte y Borja

NACIÓ EL 5 DE OCTUBRE DE 1753

MURIÓ EL 1.º DE DICIEMBRE DE 1842.

Sirvió honrosamente á su patria, 68 años y 6 meses.

Varias fases diferenciadas pueden contemplarse en su larga trayectoria marinera. Los treinta primeros años se colman de servicios en la mar a bordo de las escuadras de los generales don Antonio de Arce, marqués de Castejón, marqués de Casa Tilly, don Luis de Córdoba, marqués del Socorro, don Gabriel de Aristizábal, don Juan de Lángara y don Federico Gravina, o bien mandando buques sueltos en diferentes comisiones de servicio. La simple mención de tales nombres ya indica que Uriarte asistió a todos los actos, expediciones y hechos de armas, en ese último período de operatividad de la Armada, en el que si bien se contabilizaron contratiempos y reveses, tampoco faltaron ocasiones para prestancia de la Institución.

Estuvo, por tanto, Uriarte en las expediciones de Argel, Santa Catalina, Rosellón, Magallanes y Tolón, donde siendo segundo del navío *Concepción* se le confió el mando del castillo de San Antonio el Chico, fuerte donde las armas españolas contribuyeron a la protección de los toloneses perseguidos por las iras revolucionarias. De esta época «francesa» es el mando de los navíos *Terrible* y *Concepción* —del que había sido segundo comandante— con el cual estuvo en Bress, donde prestó servicios que le hicieron digno de un sable de honor que le regaló Napoleón, y que tras no pocas vicisitudes se conserva en el Museo Naval (1).

Con anterioridad a estos hechos, en el año 1788 se dispuso por el Gobierno la salida de Cádiz de una expedición científica para el reconocimiento y levantamiento de planos de la parte occidental del estrecho de Magallanes desde el cabo Lunes hasta fijar los cabos Pilar y Victoria. El mando de la misma fue confiado al capitán de navío don Antonio de Córdoba, con amplias facultades para elegir buques y oficiales de su entera confianza e Uriarte fue nombrado segundo comandante del paquebot *Santa Eulalia* con el que arribó al puerto de San José, elegido como base por la expedición, y desde allí salió repetidas veces con una lancha armada a explorar aquellas complicadas aguas, descubriendo varias islas y puertos a uno de los cuales se le marcó con su nombre, logrando después de una larga y difícil navegación llegar a la cabeza del cabo Pilar, límite occidental del Estrecho en la costa del Fuego que desemboca en el Pacífico, como término de su comisión, volviendo por el mismo Estrecho para reconocer las costas del Este, lo que logró en enconada lucha con los elementos marinos de mar y viento, y desde una simple lancha sin cubierta.

No sería la última vez que navegara por aguas americanas en destacado

(1) El sable se conserva en el Museo Naval con la siguiente inscripción: «Este sable de honor fue regalado por Napoleón siendo primer cónsul de la República francesa al capitán de navío don Francisco Javier de Uriarte y Borja, comandante del navío *Príncipe* que se hallaba estacionado en Brest. Lo usó este distinguido jefe en el célebre y tenaz combate que sostuvo en las aguas del cabo Trafalgar contra triplicadas fuerzas mandando el navío *Trinidad*. Hallándose herido y prisionero de guerra en la plaza de Gibraltar, noticioso el almirante inglés sucesor de Nelson muerto en el combate, de la gran estima en que se tenía ese sable, mandó hacer una requisa en su escuadra y fue devuelto como testimonio honroso y alta prueba de estimación al valor español».

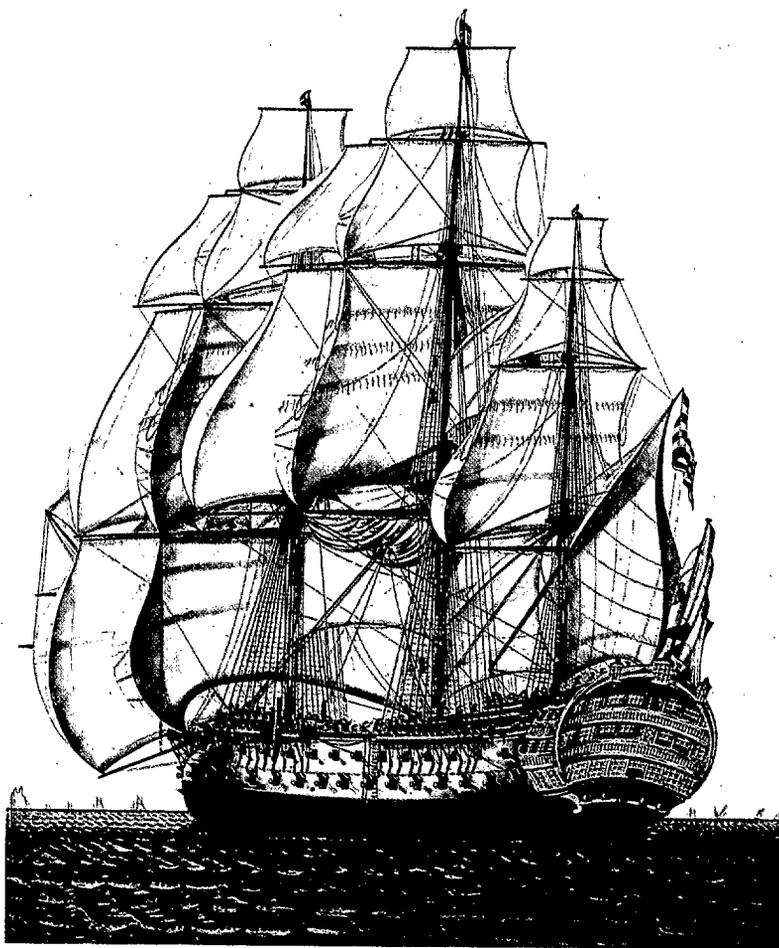
protagonismo, ya que en 1794 mandando la fragata *Lucía* sale de Cádiz para el Río de la Plata, cruza el mar, se sustrae hábilmente de la vigilancia de los cruceros ingleses, deja unos importantes pliegos en aquel virreinato y regresa con igual fortuna merced a su pericia marinera, conduciendo cinco millones de pesos fuertes.

Nuevamente en España mandó los navíos *Príncipe de Asturias*, *Guerrero* y *Argonauta* y más tarde el *Santísima Trinidad*, con el que sostuvo la tristemente célebre batalla de Trafalgar, batiéndose a tocapienoles contra tres navíos ingleses, hasta que consumidas sus municiones, destruido el navío, inutilizada y muerta la mitad de su gente y después de haber puesto fuera de combate al *Victory*, navío insignia de Nelson, y en el que perecería el famoso almirante inglés, concluyó su gloriosa misión, recibiendo una grave herida, lo que como dice uno de sus escasos biógrafos, *le excusó el dolor de ver invadido el alcázar de su buque con la presencia del enemigo, que tributó a este jefe el homenaje que todas las naciones prestan a los valientes, extrayéndole de su navío en el acto de irse a pique y conduciéndolo a Gibraltar*. Fernández Duro por su parte señala como heridos gravemente el jefe de escuadra Hidalgo de Cisneros y el brigadier Uriarte y más de seiscientos hombres tendidos en la cubierta, ante el silencio de aquella mole inerte (el navío *Trinidad*) enviaron un bote con un oficial para preguntar si se habían rendido, respondiendo prontamente los marinos españoles con una rotunda negativa y señalando al mismo tiempo hacia barlovento por donde avanzaban hasta cinco navíos.

Lord Collingwood, el almirante sucesor de Nelson, rindió caballeroso homenaje a Uriarte devolviéndole un cuadro, maltratado por los balazos, con los restos de la bandera que tan heroicamente había defendido. También se halla este cuadro en el Museo Naval con descripción del hecho (2).

No cabe duda que Trafalgar y su circunstancia impactó profundamente en el ánimo de don Javier. Su esposa recibió tras el combate una brevísima misiva cuyo laconismo recuerda los dichos que la historia conserva de los héroes de la antigüedad. *Mi querida Frasquita* —escribía a su esposa y sobrina—. *He quedado con vida y con honra. Tu esposo Javier*. Y cuando años más tarde el historiador Pérez Lasso de la Vega, tan ferviente investiga-

(2) El cuadro que se halla en el Museo Naval tiene la inscripción siguiente: *Este cuadro tan farto de mérito artístico como lleno de honrosos recuerdos para la Armada fue extraído del navío Real Trinidad en el terrible momento de irse a pique, llevando en su seno los heroicos restos de su dotación. Sucumbió en el glorioso y tenaz combate parcial que sostuvo en las aguas del cabo Trafalgar contra triplicadas fuerzas inglesas. Hallándose su comandante el brigadier de la Armada don Francisco Javier de Uriarte y Borja, herido y prisionero en la plaza de Gibraltar, el almirante inglés, sucesor de Nelson muerto en el combate, prestó un homenaje de admiración y respeto al valor español, devolviéndole, con los restos del pabellón que sostuvo con tanto heroísmo, el presente cuadro de la Patrona titular del buque y el sable de honor que usó en el combate. La excelentísima señora doña Francisca Javiere de Uriarte y Gálvez, viuda de este general cuyos méritos lo elevaron a la dignidad de Capitán General de la Armada ha condescendido en desprenderse de esa honrosa memoria para perpetuarla en el Museo.*



NAVÍO SANTÍSIMA TRINIDAD

Navegando a un largo por babor, con alas y rastrera del trinquete, con la mayor cargada.

dor como exacto escritor, le pedía al ya anciano general pormenores sobre los sucesos del *Trinidad*, respondió modestamente cuanto sigue:

Sobre los hechos notables particulares de aquella acción, ninguno puedo referir: mas en el Trinidad unos murieron en sus puestos y otros no tan felices, mutilados, le sirvió el navío de sepulcro, yéndose a pique con ellos en medio de los horrores de una borrasca que impidió al enemigo darle auxilios: allí desaparecieron oficiales y hombres de todas clases dignos de mejor suerte.

Y ya que usted lo desea y me presenta la ocasión, séame permitido honrar entre todos la memoria del dignísimo teniente de navío don Juan Matute, que siendo comandante de la tercera batería, viéndola desmontada y muertos y heridos todos sus sirvientes, subió sobre el alcázar donde yo me hallaba con el de su misma clase don Joaquín de Salas, y me dijo que, inútil su presencia en el puesto, venía a ocupar a mi lado el de más riesgo; efectivamente, aquel era el lugar de honor, y en el acto parte de un buque inglés un cañonazo que se llevó de mi lado a don Joaquín de Salas que estaba haciéndome reflexiones propias de aquellos momentos; y con el intervalo de diez o doce segundos otra bala llevó una pierna a Matute, quedando yo, aunque con dos contusiones, como el solo hombre de pie en el alcázar, toldilla y castillo, cuyo espacio cubierto todo de heridos y mutilados presentaba la escena más importante, hasta que cayendo los tres palos por su fagonadura y cayendo yo entre mutilados y muertos quedé fuera de combate por un astillazo que recibí en la cabeza.

Evidentemente, Trafalgar —que como acertadamente enjuicia el contralmirante Martínez-Valverde es la gran victoria naval que Inglaterra obtiene contra Napoleón—, dejó honda huella en los marinos españoles forzosos aliados del Gran Corso, aunque bien pronto habrían de cambiar las alianzas, y con ello la exigencia de nuevos esfuerzos a los hombres del botón de ancla.

En 1806 el ya jefe de escuadra Uriarte fue nombrado mayor general de la Armada y consejero de guerra, y en dicho cargo le sorprende el alzamiento nacional de 1808, e invadida la capital por las huestes imperiales dimite el cargo. No se lo admite el director general de la Armada Mazarredo, que lo tiene en el más alto concepto, y le solicita por oficio de 22 de julio que se presente en Palacio con el fin de prestar juramento de fidelidad al rey intruso José I. A este oficio contestó de inmediato con un escrito de su puño y letra concebido en estos términos:

Excmo. Sr.: He recibido el oficio de V.E. de esta fecha en que me previene me presente en la Secretaría de Marina con objeto de prestar juramento de fidelidad en manos del Rey, cuyo honor dice V.E. quiere dispensar a los Generales del Ejército y la Armada.

Ni mi honra ni mi conciencia me permiten acceder al mandato de V.E., juramento que tengo hecho a mi legítimo Soberano, S.M. el Rey Don Fernando VII, y estoy pronto a perder mi empleo y mi vida antes de acceder a lo que V.E. solicita en su oficio, que dejo contestado. Dios guarde a V.E. muchos años. Madrid, 22 de julio de 1808.—Francisco J. de Uriarte.—Excmo. Sr. Don José de Mazarredo.

Semejante protesta, arrojada no contra Mazarredo —al que Uriarte profesaba un gran respeto— sino como un reto contra el invasor, puso en peligro la libertad de don Javier, que tuvo que sustraerse a una proclamada venganza y logrando llegar hasta Sevilla donde se presentó a la Junta Central. Ésta le confirió el cargo de Jefe de la Junta de Inspección de la Armada, pero Uriarte no quiso aceptar puesto alguno hasta que juzgada su conducta en un consejo de guerra por haber permanecido en el Madrid invadido fuese reconocida su adhesión firme a la causa nacional, pero la Junta Central, que sabía perfectamente que la presencia en Madrid de Uriarte había sido sin menoscabo de su acrisolada fidelidad, no admitió la demanda y firmó su primer nombramiento.

En 1809 fue nombrado con retención de su cargo gobernador militar de la isla de León, con amplias facultades para poner la ciudad en situación de defensa ante la inminencia de los ataques franceses, no permitiendo que se volase tumultuariamente el puente Suazo, disponiendo que en su lugar se desmontasen cuidadosamente las piedras sillares que componían su ojo principal, para volver a colocarlas cuando las circunstancias lo aconsejasen. Don Antonio de Escaño, ministro de Marina en esa época, dejó consignado en sus memorias lo acertado de tal decisión. *A Uriarte —escribe— se debe la cortadura del puente Suazo y las baterías de defensa que impidieron la entrada de los franceses en 1810, y que al dejar el mando tenía muy adelantadas las baterías de Gallineras y Sancti Petri.* También un famoso escritor gaditano —Adolfo de Castro— alaba *al infatigable marino don Francisco Javier de Uriarte, que con su actividad característica realizó las miras urgentes de la primera Regencia.*

Cuando con motivo de la entrada en la isla de León del ejército de Alburquerque se le confirió al mismo el mando de la ciudad, se le nombró a Uriarte gobernador militar y político de la plaza de Cartagena (marzo de 1810), cargo que renunció enérgicamente, entendiendo que *ambicioso de los riesgos de su profesión, no debía separarse del frente del enemigo*, pidiendo que se le destinase al punto de más peligro, y el Gobierno, accediendo a sus deseos, le embarcó en la escuadra de la bahía del mando del teniente general don Juan María de Villavicencio. Éste lo designó para la Comandancia General de La Carraca y el mando de las fuerzas sutiles que la defendían; pero poco le duró este cometido, en el que tan bien se desenvolvía, pues se le volvió a nombrar gobernador militar y político de Cartagena (cargo que Uriarte entendía como *burocrático*) en términos conminatorios:

El Consejo de Regencia, rodeado de graves cuidados, cada vez más estrechos, recibe con mucha aflicción el que los sujetos de su confianza se resistan a cooperar a sus miras, forzándole a encomendar las empresas a quienes no pueden desempeñarlas, que generalmente son los más audaces y presumidos. En las circunstancias críticas del día sería un grave delito la obstinada resistencia de V.S. El bien de la patria no permite al Consejo de Regencia acceder a la demanda de V.S. ni a V.S. insistir por más tiempo en ella.

El documento no tiene desperdicio, y Uriarte acató la orden cumpliendo lo que se exigía en nombre de la patria. La estrechez en que se encontró a la plaza, falta de víveres y recursos, le dio nueva ocasión de probar su celo y desinterés (en anteriores ocasiones había renunciado hasta el sueldo) no percibiendo auxilio económico alguno, llevando su rigor hasta el extremo de que habiéndose rifado en la plaza varias alhajas de plata para con su producto atender a las necesidades de ella, y tocándole la suerte de uno de los lotes a su esposa, la hizo rifar nuevamente con el mismo objeto.

Hasta 1813 desempeñó el gobierno político-militar cartagenero, donde quemó no pocas energías y salud hasta el punto de que un año después, fatigado por tantos padecimientos físicos y morales, y agravado del mal de pecho que le produjo la herida de Trafalgar, renunció a la plaza de consejero de guerra, para la que había sido nombrado, y solicitó una licencia para curar sus males físicos en el Puerto de Santa María, su ciudad natal; y allí estaría hasta 1816, en el que el repuesto Fernando VII lo mandó nuevamente a Cartagena, esta vez como capitán general del Departamento, cuyo arsenal hacía mucho tiempo estaba en el más lastimoso abandono y no presentaba más que ruinas y triste recuerdo de lo que fue. Las nuevas energías desplegadas por Uriarte consiguieron regenerarlo y sus esfuerzos dieron como resultados la construcción y reparación de diques y talleres, con las carenas del navío *Guerrero*, fragatas *Perla* y *Casilda*, la construcción del bergantín *Jasón*, de 22 cañones; las recorridas del navío *Asia*, fragata *Diana* y corbeta *Fama*. Fueron cinco años de febril actividad en el empeño de lograr una reconstrucción naval que armonizara con la reconstrucción del país, pero desgraciadamente ni una ni otra se lograron. Los sinsabores que tuvo que sufrir para dominar en lo posible las críticas circunstancias del Departamento, sin haber podido conseguir para el personal las ventajas y auxilios que se le suministraron para material, a pesar de sus constantes y enérgicas reclamaciones, debilitaron su salud y agravaron sus antiguas dolencias, y le obligaron a pedir la licencia total concedida por Real Orden de 26 de abril de 1822 —en pleno trienio constitucional—, obteniendo el ascenso a la suprema dignidad de capitán general de la Armada y la presidencia del almirantazgo, a cuyo exceso de sueldo renunció durante las calamitosas circunstancias de la guerra civil.

Los diversos avatares de la vida política española tras la muerte de Fernando VII, regencia de María Cristina e incluso la de Espartero, épocas en la que poco pudo hacerse por la reconstrucción naval, sorprenden ya a Uriarte fuera de juego. Es un anciano digno, que conserva hasta el último momento su cabeza firme y su corazón lleno de ideas nobles y generosas, pero que rinde su última singladura el 29 de noviembre de 1842, y con la hoja de servicios por dilatada y amplia, más notable, entre las muy notables de la primera mitad del siglo XIX. De su carácter y talante personal queda el retrato trazado por uno de sus escasos biógrafos, Juan Cárdenas Burgueto. En su vida personal —escribe— lamentó constantemente la triste situación de la Armada, de la que participaba como uno de sus más respetables miembros. Como primera dignidad del Cuerpo hizo al Gobierno repetidas reclamaciones para sacarlo



Francisco Javier de Uriarte y Borja (Museo Naval, Madrid).

del estado de abandono en que yacía. Su carácter belicoso y sus principios rígidos le hicieron siempre desear los riesgos de su profesión y mirar con indiferencia todo lo que no fuera el mar y los combates. Ambicioso de la gloria que en ellos se adquiere, renunció cargos honrosos y lucrativos, donde creyó no podría obtenerlos. Sirvió a la patria con celo y entusiasmo y con notable desinterés. Constantemente repugnó los destinos de la corte y vivió ajeno de las intrigas que en ella se fomentaban; se hizo amar y respetar de sus conciudadanos e idolatrar de su familia, de quien siempre fue generoso protector y espejo donde reflejarse reunidas las virtudes más eminentes.

El fallecimiento del general Uriarte causó gran sentimiento, no sólo en el ámbito corporativo, sino en todas las clases sociales del Puerto de Santa María. La milicia nacional, en un acto espontáneo, dio guardia de honor a su cadáver, que, amortajado con el uniforme de gala, estuvo expuesto dos días al público en el oratorio de su casa. Las autoridades departamentales y militares, con el ayuntamiento portuense en pleno, acudieron a su entierro, tributando el pueblo en masa el postrer homenaje, al que consideraban como su más preclaro vecino.

Tardío, quizá, llegó el reconocimiento de la Armada, pero no por ello menos justo y emotivo. Por iniciativa del almirante capitán general de la Zona Marítima del Estrecho, don Hermenegildo Franco González-Llanos, Su Majestad el Rey dispuso, por Real Decreto número 2.139/1983, de 28 de julio, el traslado de los restos del capitán general de la Armada don Francisco Javier de Uriarte y Borja desde el cementerio del Puerto de Santa María al Panteón de Marinos Ilustres de San Fernando. El texto del Real Decreto es el siguiente:

Ministerio de Defensa: Real Decreto 2.139/1983, de 28 de julio, por el que se dispone el traslado de los restos mortales del Capitán General de la Armada don Francisco Javier de Uriarte y Borja al Panteón de Marinos Ilustres:

El Capitán General de la Armada don Francisco Javier de Uriarte y Borja fue uno de los Oficiales de Marina más preclaros de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

En los treinta primeros años de su carrera, empleados en el mar, Uriarte participó en todos los actos, expediciones y hechos de armas de la época, destacando las campañas de Argel, Santa Catalina, Rosellón y Tolón.

Desde el punto de vista científico, exploró el estrecho de Magallanes, donde descubrió varios islotes y puertos, uno de los cuales lleva su nombre.

El 21 de octubre de 1805 participó en el combate de Trafalgar al mando del famoso navío «Santísima Trinidad», con el que se batió con tres navíos ingleses, poniendo fuera de combate al buque insignia de la Escuadra inglesa en el que pereció Nelson, quedando él mismo malherido.

Ocupaba el puesto de Mayor General de la Armada y Consejero de Guerra cuando fue invadida la capital de España por las huestes de Napoleón, negándose a prestar juramento de fidelidad a José Bonaparte.

EL CAPITÁN GENERAL DE LA ARMADA DON FRANCISCO JAVIER DE URIARTE...

Expresión constante de su abnegación y generosidad fue la entrega al Gobierno de toda la plata que conservaba, ofreciéndose, además, para el mando de armas sin consideración a su rango y renunciando a las gratificaciones propias del General embarcado y parte de su sueldo.

En premio a sus servicios fue ascendido a Capitán General de la Armada y nombrado Presidente del Almirantazgo.

Por todo ello, el Capitán General de la Armada don Francisco Javier de Uriarte y Borja merece que la Patria y la Armada le analtezcan y distingan conservando sus restos mortales en el Panteón de Marinos Ilustres, para ejemplo de generaciones futuras.

Hasta aquí el preámbulo del Decreto y en la parte dispositiva, dos artículos: Primero: Los restos mortales del Capitán General de la Armada don Francisco Javier de Uriarte y Borja serán trasladados solemnemente al Panteón de Marinos Ilustres, una vez cumplidos los requisitos que, al efecto, fijan las disposiciones vigentes. Segundo: Se le rendirán los honores reglamentarios que corresponden a Capitán General de la Armada, debiendo adoptar el Ministro de Defensa cuantas disposiciones convenga para honrar debidamente la memoria del difunto Capitán General de la Armada.

Dado en Madrid a 28 de junio de 1983: Juan Carlos Rey. El Ministro de Defensa, Narciso Serra y Serra.

El Capitán General de la Armada don Francisco Javier Uriarte y Borja, sigue siendo a los ciento cincuenta años de su muerte un ejemplo a seguir y un estímulo a compartir por las nuevas generaciones. En razón de ello nos hemos permitido esbozar este homenaje a su memoria.